

Orígenes del feminismo en el Ecuador

Antología

Ana María Goetschel, compiladora



SECRETARÍA DE
DESARROLLO Y
EQUIDAD SOCIAL

QUITO
Alcaldía Metropolitana



© De la presente edición:

Consejo Nacional de las Mujeres, CONAMU

Serie: Recuperación de la memoria histórica
de las mujeres. No.1

Pasaje Donoso N. 32-33 y Whimper

Quito - Ecuador

Telf.: (593-2) 2561 472 / 2561 446

Fax: (593-2) 2901821 ext 101

www.conamu.gov.ec

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito - Ecuador

Telf.: (593-2-) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

**COMISIÓN DE GÉNERO Y
EQUIDAD SOCIAL DEL MDMQ**

**SECRETARIA DE DESARROLLO Y
EQUIDAD SOCIAL DEL MDMQ**

Palacio Municipal, 3er piso.

Quito - Ecuador

Teléfono: 2288163 / 2954416

sges-mdmq@quito.gov.ec

**Fondo de Desarrollo de
las Naciones Unidas para la Mujer**

UNIFEM - Región Andina

Av. Amazonas 2889 y La Granja

Quito - Ecuador

Telf.: (593-2-) 246-0332

Fax: (593-2) 246-0328

www.unifemandina.org

ISBN: 9978-67-115-3

Cuidado de la edición: María Pessina

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: Rispergraf

Quito, Ecuador, 2006

1ª. edición: agosto, 2006

Índice

Presentación	11
Estudio introductorio	13
<i>Ana María Goetschel</i>	
EL RECLAMO DE LA VOZ	
Necrología	59
<i>Dolores Veintemilla de Galindo</i>	
Al Público	61
<i>Dolores Veintemilla de Galindo</i>	
Madame Roland	63
<i>Marietta de Veintemilla</i>	
EL FEMINISMO	
Nuestro ideal	73
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	
La mujer	77
<i>Josefina Veintemilla</i>	
¿Feminismo?	81
<i>Adelaida Velasco Galdós</i>	
Honor al feminismo	85
<i>Victoria Vásquez Cuví</i>	
Cómo se juzga al feminismo verdadero	93
<i>Zoila Rendón de Mosquera</i>	

Estado jurídico de la mujer casada, seducción a las solteras, sus consecuencias	97
<i>Zoila Rendón de Mosquera</i>	
La mujer en los diversos organismos humanos	103
<i>Zoila Rendón de Mosquera</i>	
Discurso en la velada del centro “Cultura y Renovación”	111
<i>María Angélica Idrobo</i>	
El problema feminista en el Ecuador	115
<i>María Esther Martínez Mactas</i>	
Comentarios feministas	121
<i>Alicia Jaramillo</i>	
Temas sobre feminismo	123
<i>Rosa Borja de Icaza</i>	
 LAS MUJERES Y LA PAZ	
Mensaje de paz	131
<i>María Guillermina García Ortiz</i>	
Mensaje de una dama peruana a las mujeres ecuatorianas	133
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	
Paz en la Tierra	141
<i>Piedad Larrea Borja</i>	
 LAS MUJERES Y LA POLÍTICA	
Clarinadas	153
<i>Rosa Marga</i>	
Luchar para triunfar	155
<i>Angelina de la Barca</i>	
La mujer entró en la lucha	159
<i>Rosa Marga</i>	

La mujer y sus derechos	161
<i>Sor Marisa</i>	
¡15 de noviembre!	163
<i>Angelina de la Barca</i>	
Rebeldía	165
<i>Morayma Ofyr Carvajal</i>	
La mujer y su derecho a votar	167
<i>Hipatia Cárdenas de Bustamante</i>	
El voto femenino y la suficiencia de los hombres	169
<i>Hipatia Cárdenas de Bustamante</i>	
La mujer y la política	171
<i>Hipatia Cárdenas de Bustamante</i>	
La mujer y el sufragio	173
<i>María Esther Martínez Macías</i>	
Se reunió ayer la Asamblea de Mujeres Ecuatorianas (AFE)	181
<i>Diario El Día</i>	
Mensaje a las madres ecuatorianas	185
<i>Nela Martínez</i>	
Entrevista Dolores Cacuango	189
Entrevista a Tránsito Amaguaña	201
 FEMINISMO CÍVICO	
Agosto Sagrado	221
<i>Rosaura Emelia Galarza</i>	
Al Ecuador	223
<i>Dolores Sucre</i>	
La mujer en la Independencia	225
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	

La Hija de la Patria	229
<i>Lucinda Pazos</i>	
Doña Manuela Cañizares	231
<i>Dioselina Lemos R.</i>	
Biografía de la mujer en el Ecuador	235
<i>Piedad Larrea Borja</i>	
Supervivencia del ideal boliviariano	263
<i>María Esther Cevallos de Andrade Coello</i>	
Elogio a Manuelita Sáenz	269
<i>Raquel Verdesoto de Romo Dávila</i>	

LAS MUJERES Y LA EDUCACIÓN

Consejo a una señorita	285
<i>Dolores Sucre</i>	
Anhelos	287
<i>Isabel Donoso de Espinel</i>	
Virtudes y vicios femeninos	291
<i>Lastenia Larriva de Llona</i>	
¡Fiat Lux!	293
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	
El deber de la mujer	297
<i>Matilde Hidalgo</i>	
Educación de la mujer	299
<i>Rosa Andrade Coello</i>	
Actividades domésticas y sociales de la mujer	303
<i>Victoria Vásconez Cuvi</i>	
Cultura femenina	309
<i>Blanca Martínez de Tinajero</i>	

Educación de la mujer 311
Alicia Jaramillo

La mujer en el pasado y en el presente 313
Dora L. Mosquera

**Hacia una nueva educación secundaria
femenina en el Ecuador** 317
María Angélica Carrillo

LAS MUJERES Y EL TRABAJO

Aspiraciones 321
Zoila Ugarte de Landívar

Seamos una 327
Clara Aurora de Freire

Actividades domésticas y sociales de la mujer 329
Victoria Vásquez Cuvi

Discurso 337
Dina Rosalía Salazar J.

La mujer trabajadora en la vida social 343
Aurora Estrada y Ayala de Ramírez Pérez

Paz en la Tierra¹

Piedad Larrea Borja

Leída en el Círculo Hispanoamericano en Génova.

Amigas, Amigos:

Espero que la amable acogida que he encontrado entre vosotros, y los vínculos indestructibles de pensamiento, de Patria y de idioma me den derecho a tener para vosotros esta palabra cordial.

Unidad de patria sí, de la Patria que la sentimos una y grande, de la Madre América que con el prestigio de su paz y con la altísima y serena enseñanza de sus cumbres reúne en una sola alma a sus hijos. E invocando el nexo de unión de la Madre lejana quiero empezar esta charla. Porque nada más que charla de amigos podrá ser esta con que la gentileza de nuestra Presidenta ha querido regalarme, sabiendo que el charlar es para nosotras predilecto placer. Lo que se le olvidó sin duda es que, el detener a una mujer que se ha iniciado en las delicias del charlar, es obra poco menos que imposible. Olvido generoso o exceso de gentileza, en vuestras manos pongo el remedio con la posibilidad de silenciarme cuando el fastidio sea mucho, que un poquito siempre habrá, y habrá de callarlo bien lo sé, la amabilidad vuestra.

Quizá parezca paradójico hablar de pacifismo en el momento negro en que está desencadenada la catástrofe, en que ha tornado la guerra a hacer en las campos del Viejo Mundo su siembra fatídica de muerte y destrucción y en el que, Europa retuerce su cuerpo en la Cruz de una contienda que reaviva y eterniza odios y dolores seculares. Quizá parez-

1 Piedad Larrea Borja, *Ensayos*, Ed. Fray Jodoco Ricke, 1946, pp. 141-154.

ca y sea paradójico; pero quizá también sea el momento de emplear fuerzas magníficas, fuerzas espirituales de justicia y misericordia que la catástrofe guerrera tendrá que despertar en almas altas y en corazones generosos, en almas y corazones que no hayan renunciado a su esencia de humanidad. Sentimientos de justicia que para florecer necesitan el clima que habrá de darles el calor inicial. Misericordia que deberá ser afán de mejoramiento para no ser dolor estéril o cobarde. Y, cómo no sentir los imperativos de justicia y misericordia, cómo no alzar apasionado nuestro clamor de paz ante esta angustia que sentimos palpitante, ante este romperse de los nervios tensos en la espera atormentada, ante el desgarrarse de tantos cuerpos y también de tantas almas, ante el crimen de conculcar derechos, aplastar libertades y oprimir a los débiles; ante el dolor, en fin, de esta Europa que tanto nos ha dado? A quien en amor que lo encontró o vivió aquí, a quien en ilusiones, a quien en la realización gloriosa de un hijo aquí nacido, a quien en la gracia magnífica de su belleza o su sabiduría milenaria. Cómo no sentir en alma propia, en esta alma universal quemada de sol y de libertad que llevamos dentro los hombres y las mujeres de América, cómo no sentir íntimo y nuestro el actual dolor de Europa? Y cómo no hacerle la ofrenda de pensar apasionadamente en su paz?

En su afán de esconderse a sí mismo la cobardía de sus resignaciones o simplemente de su pereza, desde todos los tiempos, el hombre ha construido sofismas que cubran sus equivocaciones con la máscara de verdades incontestables y tanto ha pulido, ahondado y perfeccionado estos sofismas que ha acabado por convencerse él mismo de que entrañan verdades profundas que luego, cristalizadas en latines, refranes o proverbios rimados, son ofrecidos en comprimidos de pensamiento barato para el que no puede fabricarlo en casa. Y así, la guerra que es la mayor de las claudicaciones humanas, necesitaba de su correspondiente explicación pseudo-filosófica. Y se fabricaron tantas de las cuales pueden ser prototipo aquello de: "Si vix pax para velum" con ínfulas de paradoja y en latín para mayor prestigio. Y también: "La guerra es un mal necesario". Más prosaico este último; más contundente, y quizá por eso mismo más conocido. Explicación a flor de labios para las atormentadas interrogaciones del porqué de las guerras. Consuelo para la angus-

tía de la humanidad que pide paz. Anestesia para ahogar toda ansia de justicia en la mentira de que haya males necesarios. ¿Cómo puede ser necesario el mal para esta humanidad que agoniza en su sed de bondades? Cómo puede ser necesaria para el hombre la negación de todos sus derechos? Cómo puede ser necesaria la destrucción para un pueblo?

Que los hombres son ya demasiado numerosos sobre la Tierra; ¡y hay tanta en el mundo que está esperando el amor de un hombre que trabaje en ella! Para que la Humanidad no sufra daño en un exceso de población que pudiera impedir su mejoramiento, se sacrifica lo más nuevo, lo mejor de ella. A la guerra van los hombres sanos, los jóvenes, los que están en promesa o en plenitud. Dolorosa paradoja. Incomprensible atentado contra el claro y limpio derecho a la vida. Delito de poca fe en Nuestra Señora la Naturaleza que tiene la sabiduría de resolver por si sola los problemas y las dificultades de las especies.

Mas quizá la trágica experiencia del catorce pueda decirnos mejor de los problemas que el “mal necesario” haya resuelto en Europa. Nos bastará una mirada sobre el paisaje de post-guerra. Y veremos: a Inglaterra y Francia exhaustas a pesar de la victoria que no alcanzaba a cicatrizar la herida en toda su hondura. A Italia tan injustamente pagada de su esfuerzo titánico, a Bélgica crucificada en el martirio de su destrucción. A Rusia rompiendo su hambre y su rebeldía en la más atroz y violenta convulsión que ha conocido el mundo. Y por último a Alemania y Austria aherrojadas en la amargura de su derrota, rumiando venganzas aterradoras. Esto tratándose de las grandes naciones que formaron el núcleo central, la principal constelación en el firmamento guerrero. Quedan las otras, las naciones pequeñas arrastradas en el torbellino - arrastradas aunque en una de ellas se haya hecho la declaratoria de guerra- absorbidas por la vorágine; sufriendo también injusticias las victoriosas y repartidas las otras, como la túnica de Cristo, a la hora del botín. Veremos también tanta injusticia ratificada y confirmada en un Tratado llamado de Paz y que iba a ser el que se encargue de incubar el germen de la nueva contienda. Y sobre la visión política veremos también el paso de la guerra en los estigmas sociales. Veremos el inmenso vacío dejado por los que no volvieron, vacío en todas las actividades humanas, en la dignidad del trabajo y en el amor de la familia; vacío

que, veinte años después, produce aún el tremendo desequilibrio de la enorme minoría de hombres con respecto a la población de mujeres. El desequilibrio del que tantos golpes ha recibido la moral femenina y en consecuencia, la ética social.

También los que volvieron pesan del lado de las nefastas consecuencias; por el tormento horrible de los que quedaron viviendo solo en un jirón de carne dolorida. Y por la infinita amargura de los que trajeron mutilada el alma, endurecida de indiferencia o envenenada de crueldades. Dónde los beneficios de la guerra? Dónde los males que haya remediado? La humanidad, la vida, deben algo a los tan ponderados inventos de guerra? Sería terrible el aceptarlo. Sería inhumano y cruelmente paradójal el concebir siquiera que la vida pueda mejorar con los más refinados inventos para causar la muerte; generalmente, multitudinariamente igual, inmisericorde para todos. Que la humanidad pueda enaltecerse con la negación absoluta de todos sus nobles principios. Que el progreso sea empujado por fuerzas de destrucción.

También se ha dicho mucho, y aún se dice, de la evolución en la guerra, de la guerra humanizada. Aún dándose el caso monstruoso de que pueda haber evolución en el desencadenarse de las fuerzas para aplastar al débil; de que pueda haber humanidad en matanzas legalizadas y ensalzadas, aún aceptando esta monstruosa hipótesis, tendremos que confesar que, salvo algunos rasgos de aquellos que ayudan a pensar que en el hombre, hay algo más que maldades o instintos; como la gentileza de la marina alemana con sus prisioneros del "Graff Spee", agradezca por los marinos ingleses que piden asistir a los funerales de sus compañeros. Como la elegancia de los vuelos ingleses sobre Hamburgo con su 'bombardeo de bombones. Salvo estos rasgos y algún otro, esporádico y quizá teatral más que humano, la guerra del 39 está emulando la del catorce en crueldades'. Así lo están gritando el martirio de los niños asesinados y de madres enloquecidas en el monstruoso, en el increíble crimen de los estudiantes masacrados en Praga. Así lo están gritando Polonia y Finlandia. En la agonía minuto a minuto, nervio a nervio, en una eternidad de tortura, de la heroica Varsovia. En las masas

* NOTA: Esta conferencia fue leída cuatro meses después de comenzada la guerra en Europa.

de los fugitivos para los que no podía haber ya ni el refugio del hogar, y sobre los que caía una lluvia de metralla en las vías de Helsinki. Así lo está gritando el éxodo angustioso de los barcos proscritos, para quienes no hay refugio en toda la inmensidad del mar. Y las horas infernales de sed y de asfixia de los submarinos. Así lo están gritando el inmenso dolor del pueblo ruso y del pueblo finnico, en el horror de los combates sobre el hielo inmisericorde de las estepas. Hundiendo en los lagos su pobre carne atormentada. Amontonado en un mismo abandono heridos, moribundos y cadáveres en escenas de pavor dantesco. Así lo está gritando aún el mar lanzando los despojos macabros de la obra consumada por la barbarie de las minas a la deriva.

Esta guerra es para Europa el dolor repetido de hace veinte años y tan fresca está la herida que al conjuro de las trágicas palabras: Grande Guerra, surgen las evocaciones pavorosas de los que supieron enrostrarle al mundo el injusto dolor de los combates. Y surgen en esas gigantes protestas contra la guerra que son las obras: de Bertha Suttner, la primera de todas en el tiempo— y para mí también en el valor —aquella magnífica perspectiva de la guerra del 70, en la que las tintas recias del panorama bélico están mezcladas con las dulces sombras de un paisaje interior en el que canta como una fuente un gran amor de mujer. Aquella obra que en el solo título encarna todo un vasto programa resumido en un grito: “Abajo las Armas”. De Barbusse al que, el aplicar el cauterio de su “Fuego” a las llagas de Europa le valiera el destierro. Del formidable Remarque que sufrió igual destino porque en “Sin Novedad en el Frente” y “Después” dijo demasiado claro verdades que se sufren vividas; pero no se soportan escritas. Tres nombres que son tres cumbres. Junto a ellas se alza también, grande y fecunda toda la literatura de post-guerra. Ya con la inimitable gracia española de “Los que no fuimos a la Guerra” obra que tiene el acierto de vestir de risa descarnadas realidades. O con el sutil *sprit* francés de “Menages d’ apres guerre”. O con la mística elevación indoamericana de “En torno a la guerra” en la que Amado Nervo reza sus sabios deliquios. Y tantas y tantas más en las que se pusieron al desnudo las monstruosidades de la guerra para que, con el decir del tribuno francés, “podamos odiarla mejor”. Tantas y tantas más que tienen la palabra ante el mundo para hablarle de todo el

horror de las contiendas cruentas. Inútil pues decir más en el momento en que está rediviva la tragedia descrita.

Oigamos también a la vida y a la belleza y al amor que tienen sus derechos. Si, como reclamara Urbano, “aplicamos el oído del corazón”, oiremos cómo un grande y callado clamor de paz se alza de Europa que, en su belleza magnífica parece que les dijera a los hombres: “Ved cuánta hermosura tengo por vosotros y para vosotros, seréis capaces de destruirla? Y los hombres cierran su alma y sus oídos al ruego gentil y son capaces de destruir lo que creó el arte, el amor de otros hombres, o lo que la Naturaleza les ofreciera generosa. Y a la marina lección de paz responden haciendo del mar un arsenal, mancillando de dinamita la salobre frescura de las aguas. Y sobre las estepas heladas se han abierto las venas en ríos de púrpura y lo rojo grita su grito de odio sobre la serenidad inmensa de lo blanco. Y estigmatizan de fortalezas la fraterna invitación de las playas y hasta han sido capaces de plantar cañones en Gibraltar, donde la Tierra tiene su gesto supremo de amor, en los labios de dos Continentes que quieren unirse en un beso que selle su unión en la presencia augusta del Mar Mediterráneo.

Y así Europa, la que siempre tuvo para los hombres la misericordia de sus encantos, muestra ahora en su hermosura, cicatrices de armamentismo presente o de pasada destrucción como una protesta contra la guerra, como un hondo llamamiento de paz. Bajad a la Capilla del Arco de la Victoria, aquí en Génova, allí podréis oír cómo, bajo la elegancia latina con que la Dominante consagra el monumento a sus héroes, los nombres de los muertos, los innúmeros nombres desnudos, nítidos, desde la serenidad del mármol está diciendo una plegaria por la paz. Ved, como, en Niza, por ejemplo, junto al mar azul el Monumento al Caído en su angustia petrificada está pidiendo concordia. Oíd cómo, desde cada aldea o gran ciudad de Europa las víctimas están pidiendo que se les deje dormir en paz, sin regar sangre nueva sobre sus tumbas. Y en todo así: en la pena de las ciudades enceguecidas, cerradas las pupilas de sus ventanas y envueltas en tinieblas. En el alma de las madres y en el corazón de las novias, en toda la vida podemos sentir ansias de paz. Podemos sentir las en el soldado que pasea tranquilo y en torno al cual flota el trágico e invisible nimbo del condenado. En la fraternidad de

los pueblos hermanos que esperan la orden que trocará en odio su amistad. En la unión familiar amenazada y en el dolor de los hombres y en el miedo de los débiles. Y suspensos ante la magnitud del clamor nos preguntamos con angustia: ¿Por qué entonces la catástrofe? La interrogación lleva en sí una promesa de mejoramiento ya que, en la búsqueda de las causas por la verdad de la respuesta está el principio del pacifismo universal. Y para conservar esta su característica esencial —la universalidad— deberemos hacer total abstracción de partidatismo y hasta de simpatías o de convencimientos políticos. Son los derechos de la especie los que debemos salvar. Es la vida que intentamos ennoblecer. La raza, la nacionalidad, la religión; ni siquiera la bondad de los combatientes no cuentan para esta cruzada de paz que debe ser mundial. Son hombres que padecen y mueren y —dolor de los dolores— torturan y matan. Hay que librarlos del crimen y del dolor. A todos. Por tanto, no podemos concretarnos a las culpabilidades o causas de esta guerra, debemos mirar a las causas de la guerra. La más honda y difícil de destruir arraiga en el alma misma de la humanidad. No como atributo espiritual. No como natural instinto. En mi apasionada convicción de que en el hombre hay algo más que el lobo, nunca pude aceptar aquello de que la guerra responda a un instinto humano. Responder la matanza al innegable instinto de conservación, ¿verdad que es inaceptable? Si es tan fácil el prenderse de los combates es porque hay en el mundo un clima bélico que anquilosa los espíritus en la tácita aceptación si nó en el mistificar o prestigiar la guerra.

Desde que el niño empieza a vivir su vida de comprensión y de ideas claras, se encuentra con un hálito bélico que envolverá sus sueños. Con un ambiente de guerra para la ruta de sus conceptos iniciales. Y su ilusión primera, su ilusión de juguetes, se ve realizada con los juguetes de guerra. De la anticuada espada a la ametralladora automática. Del fusil de madera al blindado. De los soldaditos de plomo a los acorazados. Todo el implemento, la maquinaria bélica completa, nostálgica de muerte, está entre las manos del niño. Luego su fantasía será despertada con las leyendas de héroes triunfantes en mil sangrientas batallas. De héroes admirados por las multitudes, que vestidos de hierro descalabran legiones de enemigos con el poder de sus brazos potentes.

En las Navidades de todos los países, los gárrulos puestos de juguetería se dirían más bien arsenales de guerra, entre los que luce extraña y como desorientada la figura encapuchada de rojo del Viejo Abuelo, que lleva todavía la blanca catarata de sus barbas patriarcales.

Veinte siglos han pasado desde que se realizara en Galilea el dulce milagro. Han pasado veinte siglos y a lo largo de ellos se ha santificado esa noche con alegría de niños. Con anhelos nuevos y con ilusiones recién nacidas. Ahora, como hace un año o hace un siglo, los juguetes han realizado los anhelos infantiles de Nochebuena. Pero, también como hace un año o hace un siglo, se ha olvidado la bendición que resonara sobre ella: "Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad". Y al dormirse acariciando sus fusiles o sus carros blindados, soñarían los pequeños con estruendos de batallas y con terribles combates. La sangre y la muerte estarían ausentes de los sueños infantiles dorados de heroísmo; pero la idea de la guerra irá germinando en los cerebros nuevos entre las primeras ideas de la vida.

Este hablar de los juguetes bélicos no entrafía la idea de atribuirles importancia de causa inmediata o decisiva de la guerra. Sería de una maravillosa puerilidad el creer, que la actual por ejemplo, obedezca a que Stalin haya jugado en su infancia con flechas o espadas. O a que, a Chamberlain le hayan regalado en la escuela las leyendas de Walter Scott. A que la vieja tía, indispensable a todo buen alemán, haya entretenido las horas de niñez de Hitler con la lectura de la historia de Atila. O a que Daladier haya formado parte de una bandada de chiquillos que improvisaban batallas en las calles de París. Sin embargo, si no causa, es ruta por la cual la idea de la guerra como cosa natural y lógica se abre paso a la mentalidad del niño; para, robustecida después por el ambiente, campear rotunda en la mentalidad del hombre. Ambiente propicio para la guerra hay en medir a las naciones, no por la sabiduría de sus leyes, su progreso o sus libertades. No por sus pensadores, sus estadistas, sus científicos o sus artistas, sino simplemente por su potencialidad de comercio o de armamento. Ambiente propicio para la guerra hay, en fin, en dar sólo sentido militar a las palabras gloria y heroísmo. La legión callada de los héroes de la justicia, de la ciencia y del derecho, de todos los héroes civiles sin estatuas ni epopeyas, continúa siendo legión

ignota. El martirio de von Ozietski, segado por la tisis en la amargura de un campo de concentración al que fuera condenado por el crimen inaudito de amar la paz, es menos admirado en el mundo que la bravura de Buffalo Bill, el héroe de *films cowboyescos* de las matanzas tan entretenidas que hacen estallar de entusiasmo a los muchachos.

Todo este complejo de circunstancias intrascendentales y de pequeños detalles abren los surcos donde esponjaran sus gérmenes las causas inmediatas y decisivas de la guerra. Estas causas, hondamente diversas con relación a los caracteres psíquico, étnico y racial de cada pueblo; estas causas diversas y también las generales, deberán ser buscadas y arrancadas de todos los pueblos de la Tierra.

Aún para el más apasionado pacifista es admirable el esfuerzo de un pueblo soberano que alza un dique al paso del invasor para defender su independencia: Finlandia es ahora un trágico y magnífico ejemplo para el mundo. Sí, es la suya la única necesaria entre todas las guerras. Porque la causa no estuvo en ella. Para acabar con las guerras necesarias habrá que acabar con las causas en el mundo. En todo el mundo.

Hé aquí porque el pacifismo no deberá ser opinión momentánea o política de que un país deba dejar de ir a tal o cual guerra. Sino principio ideológico de que ningún país debe nunca comenzar una guerra. Hé aquí porque el pacifismo deberá ser acción integral y unánime, en obra de amor universal. Hé aquí porque el pacifismo deberá ser la meta de todo ser humano. Y deberá ser especialmente, apasionada obra de mujer. Porque encarna lo más sutil y alto de nuestra misión creadora y materna.

Y es aporte que todas las mujeres le debemos a la humanidad. Las madres en la creación de la nobleza espiritual del hijo. Y también en la cooperación para el mejoramiento de la especie, defendiendo las vidas, las que no lo somos. Haciendo todas obra verdaderamente creadora, material y espiritual, en hijos o en justicia. Reuniendo entusiasmo los hombres y las mujeres de los cuatro puntos cardinales para que, madres y maestros siembren en el niño el odio a la guerra como al mayor de los atentados humanos. Para que tengan los hombres como norma suprema del honor el respeto a la vida y al derecho de todos los pueblos. Para que los conceptos de libertad y de justicia no acaben para el gobernante en

la frontera de su país. Para que la violencia constituya para los pueblos una vergüenza. Para que el pensamiento y la virtud y el trabajo substituyan a la fuerza en la admiración de las masas. Reuniendo entusiasmo para esta maravillosa cruzada, los hombres y las mujeres de los cuatro puntos cardinales realizaremos en el mundo el gran milagro de la paz.

Obra inmensa, obra infinita, que se diría y se ha dicho ya, también imposible, con el fatalismo en que se anula toda iniciación. Y en este acogerse a lo fácil, a lo pequeño, a lo ya hecho, se va dejando a la humanidad perpetuamente prisionera de sus males seculares. Por miedo a lo ilusorio se deja vivir tranquilas las más negras realidades. Por pereza se acepta todo mal y se califica de utópico todo afán de mejoramiento. Sin embargo, los grandes principios acaban por abrirse paso a través de los siglos y brillar por fin para la humanidad. Necesitan de convencidos, necesitan de esperanza y de amor, necesitan de apóstoles y de mártires que les abran el camino en el mundo. Y un buen día lo imposible, lo utópico, lo absurdo amanecen sobre la tierra como un sol de realizaciones.

La generosa ansia libertadora de Espartaco tuvo para su cruento sacrificio el desdén que siempre ha sido el Inri clavado sobre toda redención. La firmeza de Cristóforo Colombo, tan desdeñosamente juzgada, halló un mundo en el mar. Hoy sobre la indiscutible redondez de la Tierra quedan los esclavos sólo como estigmas de los pueblos bárbaros. La locura del romano y el absurdo del genovés son hoy claras y simples verdades.

El entusiasmo y el amor del adepto harán más fácil la revolución que culmina en la implantación plena de la doctrina. Lo mismo en todas las doctrinas y todos los progresos. Aunque el entusiasmo del iniciador o del convencido haya siempre sido llamado idealismo como sinónimo de imposible. Siendo, al contrario, el ideal el único germen de las nobles realizaciones. Y aunque así no fuera, lo que hace la vida verdaderamente digna de ser vivida, es la posibilidad de romper lanzas contra molinos de viento.